

HACIA UNA NUEVA FILOSOFÍA DE MANTENIMIENTO: disminución de coste en bunkers y selección de bermuda como especie predominante

En tiempos difíciles como el que ahora estamos atravesando, es posiblemente el momento más indicado para depurar y estudiar nuevas soluciones que puedan paliar o mitigar algunos de los problemas que nos preocupan. Es por ello que se ha puesto a debate la importancia de la rentabilidad de las instalaciones de golf para aspirar, en un futuro no muy lejano, a tener campos de golf más sostenibles, económica, social y medioambientalmente.

Parece obvio que para conseguir este objetivo es crucial equilibrar la balanza de ingresos con la de costes, pero debido a la coyuntura actual, los ingresos en muchos campos están sufriendo un estancamiento, e incluso en algunos casos disminuyendo. Al no poder asumir el aumento en ingresos, tenemos que centrar nuestros esfuerzos en la forma de disminuir los costes que supone el funcionamiento del campo de golf.

Por tanto, la pregunta que debemos hacernos es, ¿qué conceptos del mantenimiento del campo debo cambiar para que los gastos disminuyan de forma significativa?

Bunkers

Siguen siendo la asignatura pendiente de los campos de golf, ya que no se consigue la fórmula que solucione los problemas que causa su mantenimiento: compactación de la arena, colmatación de drenajes, escorrentía en los taludes, etc. Por esta razón, se estima que en más del 80% de campos de golf, la primera reforma que se ha realizado ha sido en los bunkers. Además, la superficie de bunkers respecto al área del campo de golf suele ser inferior al 1%, y la media de golpes que se realizan en los bunkers en una partida de golf está en torno al 6%, por lo que nos preguntamos si tiene sentido que un área como esta pueda suponer en algunos casos casi el 30% de las inversiones. ¿Acaso tiene esto algún sentido? ¿A qué se debe este derroche de esfuerzo y dinero?

Los bunkers están definidos en las reglas de golf como un “hazard”, es decir, un obstáculo del campo que penaliza un golpe mal ejecutado, por tanto no debemos esperar de los bunkers la perfección de las zonas nobles del campo como son los greens, tees y calles. Con este argumento no queremos decir que el estado de mantenimiento del bunker quede en el olvido, pero sí que hay que simplificarlo y tratarlo en la misma manera que se hace con el rough.

El mantenimiento del rough de un campo se basa en conseguir una superficie homogénea en altura y densidad, pero sin buscar la perfección. La especie elegida en cada caso dará las características intrínsecas a cada rough. Con los bunkers se debería ir en la misma línea, buscando una homogeneización de las condiciones a lo largo de todo el

recorrido para que los jugadores tengan las mismas sensaciones independientemente del bunker en el que estén jugando. A partir de aquí, las condiciones del clima y la arena usada serán las que den unas características propias a cada campo: como que los bunkers estarán más húmedos y compactados en zonas más lluviosas, o que el uso de arena autóctona tendrá cualidades diferentes en cada caso.

Esta filosofía en el mantenimiento de los bunker disminuiría considerablemente los costos, puesto que se usarían recursos de la zona, sin necesidad de traer material del exterior que tenga que cumplir ningún tipo de especificaciones.

Elección de especies cespitosas

Sin duda alguna es la decisión más importante cuando se realiza un nuevo proyecto de construcción ya que de esta decisión dependerá en gran medida la línea a seguir en el mantenimiento. La decisión se toma, lamentablemente en muchos casos, primando factores subjetivos (como el color, aspecto visual,...), en vez de a factores que están relacionados con el futuro mantenimiento (como la capacidad de adaptación o el coste de mantenimiento).

Aquí en España, ha pasado algo parecido y la fiebre por el color verde intenso ha provocado que muchos campos tengan como especie principal el *ryegrass*, sin tener en cuenta el sistema de riego, la cantidad de agua consumida, su costo y su calidad o la temperatura óptima de crecimiento. Con la nueva normativa legal aprobada en varias comunidades autónomas (en el futuro se extenderá a toda España), se impone la obligatoriedad del riego de campos de golf con agua recicladas. Esto hará que el costo del agua de riego tenga un papel crucial en la rentabilidad de los campos, por lo que no es extraño que se esté planteando la posibilidad de plantar nuevas especies donde antes no se han tenido en consideración. Es el caso de la bermuda, que siempre ha sido especie principal en la costa levantina y sur de España, pero olvidada por completo en el resto del territorio nacional. Por ello sería interesante, la implantación en el centro peninsular de bermuda como especie predominante en calles y rough. De esta forma reduciríamos el consumo de agua en verano de forma drástica y en invierno, con la inevitable pérdida del color, se podría reseñar las calles de *ryegrass* (especie de estación fría que siempre mantiene el color), dejando un contraste de colores en el campo muy vistoso. Al comienzo del siguiente verano el *ryegrass* moriría y la bermuda se abriría paso. Con esta fórmula tendríamos el campo siempre en perfectas condiciones independientemente del mes en el que nos encontráramos.

Los costes de mantenimiento se reducirían de forma más que significativa puesto que se usaría menor número de fungicidas, y además habría un menor consumo hídrico. El gasto en la resiembra sería similar en ambos casos, ya que los campos que son de *ryegrass* suelen realizar una resiembra todos los años para recuperar la densidad perdida en verano.

Es preciso dejar bien claro que no existe un estándar de campo de golf para todo el mundo, cada zona tiene su clima, su cultura y su historia que sin duda deben ir ligados a cada campo de golf. No respetar la idiosincrasia de cada uno de ellos conllevará tener

campos poco sostenibles que necesitarán un gasto adicional para alcanzar las mismas cotas de calidad respecto a otro que si lo haga.